

La verdad a mí me engañó

TERESA SESÉ, BARCELONA

20/11/2019

Me gustan los cuentos y me gustan los cuentistas, y hasta siento cosquillas en el cerebro cuando me regalan historias inventadas. Pero aborrezco a los trileros, a los embusteros y a los farsantes casi tanto como ese momento en el que te das cuenta de que aquellas certezas que creías tener eran en realidad mentira. Porque una cosa son las mentiras que dejamos que nos cuenten o nos contamos a nosotros mismos (los recuerdos son defectuosos y maleables) y otra tener que caminar de puntillas por un mundo minado de ficciones fabricadas. La otra tarde, desde la distancia corta del escenario de la sociedad flamenca El Dorado, Kiki Morente nos regaló unos tientos tristísimos y desoladores de Bernardo el de los Lobitos que aún andan enredados en mi cabeza: “Yo me fie de la verdad / y la verdad me engañó. / Cuando la verdad me engaña, / ¿de quién me voy a fiar yo?”. Pienso cómo los saberes escondidos de los versos libres y flamencos nos ayudan a vencer miedos modernos. Y pienso que convivir con la mentira nos está dejando desarmados ante medias verdades que matan.

Los versos libres y flamencos nos ayudan a vencer miedos modernos

A Kiki Morente, hijo del querido maestro Enrique Morente, inquieto explorador y creador de mundos propios, le acompañan el guitarrista David Carmona y Pedro Gabarre a la percusión. Y la sala de Parc Sandaru, sede de El Dorado, ha vuelto a

llenarse de un público que acude a sus veladas de los jueves en busca de uno de esos momentos que de tan pura verdad arrancan lágrimas de felicidad. Un bálsamo para momentos de zozobra. El arte todavía suele ser un refugio seguro.

Incluso si se produce en lugares tan desapacibles como es la frontera que separa el El Paso y Ciudad Juárez, Texas y Chihuahua, donde estos días unos haces de luz recorren el cielo nocturno tendiendo puentes y amplificando las voces de quienes viven a uno y otro lado. Se titula *Border Turnery* es un proyecto de Rafael Lozano-Hemmer, artista que echa mano de unos reflectores similares a los que se utilizan para localizar los migrantes que tratan de entrar en Estados Unidos, ya no con fines violentos y cegadores, sino como un vehículo para la conversación. Centenares de habitantes deseosos de compartir sus historias acuden cada noche hasta las estaciones, tres a cada lado, para lanzar un haz de luz. Cuando dos haces se cruzan en el cielo por encima de la valla, una computadora abre un canal de comunicación y las personas puedan hablar entre sí. A la retórica habitual sobre la frontera, Lozano-Hemmer, un artista humanista mexicano afincado en Canadá, contrapone aquello que tienen que contar quienes viven en ella. Los puentes entre ambas comunidades ya existen, pero él los hace evidentes. Cuestión de luz, tan sencillo y tan complejo como eso.

Camarón lo cantaba por alegrías: “Con la luz del cigarro / yo vi el molino; / se me apagó el cigarro / perdí el camino”.